



Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Oviedo

Homilía en la solemnidad de Nuestra Señora de Covadonga *Basílica de Covadonga, 8 de septiembre de 2005*

Excmo. y Rvdmo. Don Gabino, nuestro Arzobispo Emérito; Excmo. y Rvdmo. Don Raúl, mi Obispo Auxiliar; Ilmo. Cabildo Colegial; queridos hermanos sacerdotes; Excmo. Sr. Presidente del Principado de Asturias; Excma. Sra. Presidenta de la Junta General; Excmo. Sr. Delegado del Gobierno; Ilmo. Sr. Alcalde de Cangas de Onís; Autoridades Civiles, Judiciales, Militares y Académicas que nos acompañáis esta mañana; queridos hermanos y hermanas todos:

Un año más los asturianos nos reunimos para celebrar la fiesta de nuestra Madre la Virgen de Covadonga. Y un año más, el Señor, a través de la Iglesia, nos entrega su Palabra que siempre marca direcciones nuevas a nuestra vida y promueve en nuestro corazón proyectos que miran más allá de nosotros mismos, porque nacen de Dios. Acabáis de escuchar cómo la Virgen María, después de oír todas las palabras que su prima Isabel le dirige en aquella visita –donde la presencia de Dios en la vida de María se hace evidente– le responde con unas palabras que brotan de sus labios y que nacen en su corazón en un himno inspirado por el Espíritu Santo: *«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador»*. ¡Qué canto más maravilloso! Es la gran poesía que refleja el alma de María y, por tanto, toda su personalidad. Es como un retrato, un verdadero icono de María a través del cual podemos verla tal como es.

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador». ¿Qué dice María con estas palabras? Pregona que el Señor es grande. Ella desea que Dios sea grande en el mundo, que sea grande en su vida, que esté presente en todos nosotros. Esto es lo que me gustaría transmitir hoy a todos con la fuerza que me da la presencia de la Santina. Ella no tiene ningún miedo de que Dios sea un competidor en la vida de los hombres, ni que pueda suprimir con su grandeza algo de nuestra libertad o la libertad entera. María sabe que si Dios es grande, también nosotros lo somos, pues Dios no oprime nuestra vida, sino que la eleva a cotas más altas. El ser humano se vuelve inmenso a la luz de Dios y se empequeñece al margen del esplendor divino. Predicar esto es la pasión de mi vida y es la máxima responsabilidad que tengo en este momento de la historia. No podemos dejar al ser humano solo: tiene que estar acompañado por quien es su creador. Dejar al hombre en soledad, retirando de su vida a Dios, le convierte en el ser más esclavo y derrumbado que pueda existir, pues terminará viviendo al páreo de los aprovechados y manipuladores de turno que le dirán lo que está bien o está mal en consonancia a sus intereses personales o de grupo. “Quítate, Dios, de la cercanía del hombre, que ya lo acompaño yo”, exclaman algunos. Y ¿quién eres tú? ¿Quién sois vosotros?, sino otros iguales que el hombre mismo.

La gran tentación del hombre desde el inicio de la creación ha sido creer que si Dios era grande suprimiría algo esencial de nuestra vida, de nuestra libertad, de nuestra autonomía... “Eliminemos a Dios y seremos como dioses”, esa fue la tentación de los necios desde el comienzo de la historia. Una tentación prolongada a lo largo del devenir histórico, agudizada en la época moderna y que pervive visiblemente en nuestro presente. Un Dios del que se afirma que limita el espacio de nuestra vida con todos sus mandamientos, por lo que debe desaparecer, a fin de que nosotros podamos ser verdaderamente autónomos e independientes, al tiempo que decidimos sobre cómo ha de vivir y qué ha de pensar el ser humano.

¡Qué belleza tienen las palabras de la Virgen María: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador»! Después de dar tantas vueltas en estos últimos siglos con proyectos y reformas, alternativas y contrarreformas, los pensadores y hombres de ciencia más actuales y más importantes –algunos de ellos no creyentes– reflexionan sobre la convicción de haber creído que apartando nuestras vidas de Dios y siendo autónomos, siguiendo nuestras particulares ideas, nuestra exclusiva voluntad, llegaríamos a ser realmente libres para poder hacer lo que apetezca sin tener que obedecer a nadie, sin sujeción alguna, en una reafirmación de la autonomía personal que termina por endiosarnos. Pero, ¿qué observamos? Que cuando el Dios de la verdad desaparece de la existencia y de la historia de los hombres, el ser humano no llega a ser más grande, sino todo lo contrario: pierde la dignidad divina otorgada en el momento de su creación y pierde el esplendor de Dios en su rostro. Tenemos datos reales para decir con todas nuestras fuerzas: el hombre sin Dios, se convierte sólo en un producto de una evolución ciega del que se puede usar y abusar; nos lo confirman los datos de nuestra época. Sin la grandeza de Dios, sin su presencia, el hombre cae abatido por la tristeza, se hunde en la desesperanza y se agota en la desilusión.

Queridos hermanos y hermanas, seamos conscientes de la realidad que nos envuelve: estamos en una sociedad triste. Hemos construido una sociedad abatida, carente de la verdadera alegría, pese a los frenéticos sonos que la envuelven. Estamos pergeñando una cultura triste. Somos protagonistas desde nuestras propias manos y no sabemos cómo salir del atolladero en el que nos hemos metido en tantos órdenes de la vida política, económica y cultural. ¿Cómo conseguir extirpar de nuestros corazones los sentimientos de rencor que tantas veces nos invaden, las formas de intolerancia presentes, las manifestaciones agudizadas de violencia, las oleadas de abundantes fanatismos en tantos lugares del planeta, el terrorismo asesino en sus diversas manifestaciones, las injusticias gravísimas que se cometen, las falsas verdades o verdades a medias que manipulan a las personas, la conculcación del derecho sacrosanto a la vida o las libertades de pandereta que envenenan nuestras relaciones y nuestra convivencia?

Las palabras de la Virgen María, dichas y escuchadas aquí en Covadonga, tienen una resonancia especial: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador». Covadonga es una llamada a la esperanza. Covadonga es convocatoria a llevar a plenitud la existencia humana y la historia, desde la presencia real de Dios en el mundo. Covadonga es interpelación a todos para descubrir desde dónde y cómo estamos construyendo nuestra propia vida y la de los demás. En Covadonga, y por intercesión de la Santina, se nos entrega un proyecto de Dios para los hombres, proyecto que es humano y, por lo tanto, histórico.

Hace muchos siglos, junto a la Virgen María, acompañados por la Santina, unos hombres y mujeres arriesgados vieron lo que acontecía en la vida y en la historia de su tiempo, precisamente en un momento en que Dios parecía desaparecer de su presente y de su horizonte. Todos ellos comprometieron su existencia en volver a anunciar a Jesucristo, en promover una manera única y singular de entender la vida. Afrontaron la misión de proclamar el Evangelio con pasión y así, de estas tierras de Asturias, partieron aquellos sinceros creyentes con las palabras de la Virgen María impresas en su corazón y en sus vidas. Y lo hicieron para llevar la Buena Noticia de que Dios es grande y que el ser humano lo es auténticamente cuando deja que Dios habite en su corazón y en su existencia. Un Dios que nos hace grandes y que se nos ha mostrado en el tiempo a través de Jesucristo, el Hijo de la Virgen María e Hijo de Dios, que nos trae la alegría porque nos abre a la esperanza, nos hace creativos y nos otorga capacidades nuevas para entregarnos al servicio de los demás sin diferencia ni distinción.

En Covadonga, y junto a la Santina, se fraguó todo un proyecto de renovación del mundo queriendo llevar la presencia de Dios a la vida, con el estilo y a la manera que lo había realizado la Santísima Virgen María. Quizá hoy comprendemos esto mejor que en otras épocas. El mundo, tanto entonces como ahora, salvando las distancias y las circunstancias, estaba desordenado y los hombres inquietos. No hay duda que

hoy también existe desconcierto e intranquilidad en las personas y en los pueblos. Pero aquí había un grupo de hombres y mujeres, entonces y ahora también, que sabían y estaban convencidos de que Dios existe y que es justo y bondadoso; que buscaban, ayer y hoy, el derecho y la justicia para todos, y que encontraron –como nosotros– que estos altos conceptos, valores y virtudes tienen un nombre y un rostro tangible: Jesucristo, el Salvador, el Señor. Esta búsqueda y convicción les llevó a emprender un camino de encuentro real con Jesucristo; se hicieron peregrinos en el mundo poniéndose al servicio del Dios revelado en Cristo para defensa de la causa de la dignidad del hombre. Covadonga es un proyecto plasmado en este lugar, en la causa de la dignidad de las personas. Quizá entonces, como ahora, a quienes profesen estas hondas convicciones de vida se les llame utópicos y soñadores. Sin embargo, tienen los pies bien puestos en tierra, pues saben que para cambiar el mundo hace falta disponer de poder. Pero, ¿qué poder es el necesario para cambiar el mundo? Aquellos primeros descubrieron en la Cueva de Covadonga que el poder que necesitaban era el que viene del Hijo de Dios y de María, el que proviene de Jesucristo, y por eso se pusieron a su servicio, escuchando de la Virgen María, de la Santina, aquella alentadora expresión: «*Haced lo que Él os diga*».

Y es que el poder de Dios es diferente al de los grandes de la tierra; su modo de actuar es distinto.

Dios no hace competencia a los poderes de este mundo, no contrapone ejércitos ni colisionantes fuerzas económicas. Paradójicamente al que tiene autoridad e hizo todo lo que existe, se le condena a morir en la Cruz. Cristo contrapone al poder de este mundo –tantas veces fundamentado en la muerte y el subdesarrollo– su propio Amor. De esta manera el poder mundano sucumbe al instaurarse una realidad nueva, de verdad, derecho, perdón, bondad y misericordia, que nada tiene que ver con la verdad, el derecho, el perdón, la bondad y la misericordia carentes de referencia en la grandeza de Dios y basados en el puro interés humano. Queridos hermanos y hermanas, os invito en este día de gozo sincero para la Iglesia, en este Día de Asturias, a respetar, apreciar y desarrollar este proyecto de revalorización de la dignidad humana cimentada en Dios, en un momento de la historia en el que constatamos que no hay proyectos globales para el hombre a excepción de los que afectan al ámbito de los intereses económicos y que por ser unidimensionales tampoco son globales.

En tiempos recientes, incluso ahora, vivimos revoluciones cuyo programa común es no esperar nada de Dios, sino que se recurre a una exacerbada autonomía del hombre para que con sus propias manos transforme el mundo y sus condiciones de vida. Hemos visto y estamos viendo que esta ‘revolución sin Dios’ no mejoró el presente. Posibilitemos un cambio decisivo del mundo, hagamos la verdadera revolución, la que hicieron en todo tiempo los santos. Sin embargo, permitidme una aclaración necesaria, pues son muchos los que hablan de Dios y, a veces, en el mismo nombre divino, se ha odiado o se ha practicado la violencia: os invito a descubrir el verdadero rostro de Dios en Jesucristo. Acercaos a Él, miradle, asumid su manera de vivir, su manera de estar con los hombres. Los santos han entendido esto muy bien. Ellos han sido los grandes reformadores y han llevado a la humanidad a elevadas y hermosas alturas. No toméis nunca como criterio absoluto de orientación de la vida lo que son medidas hechas por el hombre desde su propia parcialidad y limitación.

En este día os llamo a situar a Dios en el centro de vuestra vida, probad la diferencia. Os invito a poner a Dios en la historia, que es donde Él quiso hacerse presente. No marginemos a quien quiso entrar en el tiempo para enseñarnos cómo construir nuestro devenir y nuestras relaciones de tal manera que el otro sea superior a uno mismo. La Iglesia tiene esta gran misión: hacer posible que Dios entre en la Historia. Por eso, no absoluticéis lo que no es absoluto. Sólo Dios es grande, nos ha dicho la Virgen María con sus palabras. Sí, hermanos, sólo Dios es absoluto. A través del tiempo, cuando se ha absolutizado lo que no es absoluto, sino relativo, hemos provocado grandes totalitarismos de signo diverso. No son las ideologías las que salvan al mundo, al mundo lo salva solamente Dios, que es grande y garante de nuestra libertad. Absolutizar unas ideas, una tierra, un modo de hablar o unas costumbres, es una manera de imponer a larga a los demás lo que es relativo y generar elementos totalitarios en los que la libertad del ser humano queda mermada y a merced de quien tiene el poder para imponer lo relativo. Por eso me atrevo a deciros a todos, y muy

especialmente a los jóvenes, que la revolución verdadera consiste en mirar a Dios que es medida de la justicia, del derecho, de la verdad, y mirarlo como lo hicieron los santos.

La Iglesia tiene una gran misión encomendada por Nuestro Señor. Hoy en Covadonga, junto a la Santina, asumimos esta misión responsablemente. Os llamo a todos a esta tarea. Tenemos una larga historia realizada contando con Dios que nos hizo grandes. Puede que en determinados momentos no tuviésemos claro el rostro de Dios y con un rostro oscurecido no pudiéramos ver nítidamente lo que teníamos que hacer. Pero en esta larga historia, cuando la faz de Dios ha resplandecido en nuestra vida y ha resultado menos velada por intereses excluyentes, ha sido entonces cuando los logros sociales, económicos y culturales obtenidos nos introdujeron en caminos de progreso auténtico y desarrollo social solidario.

Nunca olvidemos nuestras raíces, su olvido nos pierde. Permitidme que me dirija a los jóvenes: Os hago una llamada a todos los jóvenes de Asturias, os recuerdo y os convoco a construir un proyecto ciertamente revolucionario basado en la verdad del ser humano que se nos revela en Jesucristo, realizado con la fuerza y el poder de Dios. Nadie está excluido de este proyecto. Permitidme tener un recuerdo especial para los cuatrocientos jóvenes asturianos que, en nuestra peregrinación diocesana, participaron en el encuentro con el Papa en la reciente Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Colonia, así como de otros muchos que han seguido y apoyado de formas diversas este encuentro: construyamos todos juntos un futuro mejor, poniendo en primer lugar la fe en Dios y ese empeño en edificar con sabiduría y con confianza un mundo nuevo según el plan de Dios. Afrontemos el camino de la vida buscando la verdad, la justicia y el amor. Abrid vuestro corazón a Dios como lo hizo la Santina; dejaos sorprender por Jesucristo el Hijo de María, concededle el derecho a que os hable; franqueadle las puertas de vuestra libertad, apasionaos por entregar la Buena Noticia que revoluciona este mundo en todas las partes de la tierra; sed valientes en proclamar el Evangelio y construid con entusiasmo e intrepidez la civilización de la verdad, del amor y de la paz. Y digo a propio intento: la civilización de la verdad. Y ¿qué es la Verdad?, se preguntan algunos. La respuesta es clara: para nosotros los cristianos es Cristo, en el que encontraréis criterios de vida personal y colectiva para edificar el presente y el futuro del mundo. En Él hallaréis siempre las respuestas que satisfacen a un corazón joven.

Hermanos y hermanas, Jesucristo se va a hacer presente en este altar, de manera especial vivimos y reavivamos esta presencia en este año de la Eucaristía que la Iglesia entera celebra. El Pan y el Vino se van a convertir en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este momento, la transformación no puede detenerse, es aquí donde comienza plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos da para que a su vez nosotros seamos transformados y lleguemos a ser Cuerpo de Cristo, consanguíneos de Él. Llegamos a ser en Él una misma cosa; su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a todos y extenderse al mundo para que su amor sea la medida dominante del universo. Querido hermanos, Dios no está frente a nosotros, sino que va a estar con nosotros, como lo estuvo con la Virgen María. Por medio de la Eucaristía va a estar dentro de nosotros y nosotros en Él. Llévemole al mundo.

*Reina de nuestras Montañas, Santina de Covadonga,
intercede por todos los asturianos
y ven en nuestra ayuda,
para que podamos experimentar tu acogida
y el amor entrañable de tu Hijo Jesucristo.
Virgen de Covadonga, ruega por nosotros.
Amén.*

+ **Carlos**, Arzobispo de Oviedo